

YO, PLATÓN

(Por: SESHAT)

I

Aquí sigo, tumbado a la bartola sin otra ocupación que ir a mi bola. Las sentencias tantas veces oídas no se han cumplido y eso que he vivido al borde del infarto.

Nací de un parto múltiple. Con los ojos aún cerrados ya sentí el rechazo familiar porque me destetaron sin más; es decir, porque como no había para todos, mis hermanos pronto eligieron tu teta -aunque de nada les sirvió porque fueron desapareciendo uno a uno- y yo tuve que conformarme con la nada, hasta que el destino tomó parte en el asunto.

Así pasé los primeros meses luciendo palmito de auténtico “azul europeo” y con una desbordante curiosidad que, unida a mi atrevida juventud, me llevó varias veces a darme primero de bruces y luego de espaldas. Muchos golpes me llevé hasta que supe que era un cristal y que si no entraba aire estaba cerrado, pero si entraba aire estaba abierto. Y llegó el día en que el aire que entraba por el cristal me despertó. Los trapos que colgaban a su alrededor -después supe que eran las cortinas- se movían como si bailaran; tomé impulso, y después de me mecarme un rato meciéndome, luego escalé otro poco más ...¡ZAS! ¡Al vacío!

Me morí. Al menos eso pensé y pensaron los demás, porque sin poder articular maullido para decir que sólo estaba más atolondrado que otras veces, noté como me cogían cabeza abajo mientras, con más satisfacción que lamento, y una voz añadía: ¡Uno menos!, al tiempo que depositaban mi maltrecho cuerpo sobre algo blando y maloliente: eran bolsas de basura. No sé cuánto tiempo estuve en estado de medio shock, pero cuando empezaba a ser minino otra vez: ¡Fuera de ahí, maldito gato! Y tuve que salir por patas. Fue entonces cuando realmente di por perdida mi primera vida.

Desorientado empecé la segunda, pisando sobre algo duro y áspero mientras mis almohadillas se iban poniendo negras -hoy sé que se llama asfalto-. Quise volver al que fuera mi hogar y maullar a todos que estaba vivo, pero ¿dónde estaba el lugar dónde nació? Como nunca antes había pisado la calle, estaba totalmente perdido. Entonces hice un croquis de la situación y asocié lo que conocía con lo veía: sillones enormes y de muchos colores, unos detrás de otros, pero que si me refugiaba debajo de ellos ninguno me daba el calor. Después supe que eran coches y que desprendían gases y contaminación.

Amaneció. Anocheció. Volvió a amanecer. Volvió a anochecer. Así por tres días. Cansado, hambriento, dolorido y supongo que sucio aunque por el color gris de mi pelo no se notase, decidí acurrucarme bajo un coche. Al lado de su rueda había una miga de pan. Durante tres días no había comido nada. Porque los verdaderos gatos golfos de la calle, que se saben los trucos y rincones de la ciudad, acaban con todo. Ponen cara de pena, hambre o circunstancias y así consiguen, ¡Pobres animalitos!, los restos de comidas y cenas de los vecinos del barrio. Se reúnen en grupos. Tienen sus propias pandillas y su líder. La mayoría suelen ser atigrados y rechazan a los intrusos o se mofan de “pardillos” como yo. Así, en la única ocasión que pusieron el alimento frente a mis bigotes, los demás me miraron con inquisitiva autoridad y ni rechisté mientras los demás se daban el festín.

Volviendo a la miga de pan, la boca se me hacía agua; la miré varias veces, y eso que no me gusta el pan, pero... ¡ZAS! ¡Para adentro! Bueno, me dio una arcada antes de tragar.

En eso estaba cuando una noté una caricia. Sentí entonces que mi sistema nervioso se estremecía. Y en vez de llorar, porque no sé, me abandoné de nuevo al destino porque aquella mano podía hacer de mí lo que quisiera, incluso liquidarme. Sin embargo, de repente, me encontré entre unos brazos firmes pero que me sujetaban con suavidad:

- ¡Qué gato más guay!
- ¡Tranquilo! –decía una voz al verme temblar.
- Yo quiero que nos lo quedemos.
- A ver lo que dicen, ya sabes lo que opinan sobre tener animales en casa.
- Pero este es distinto, le hemos salvado. ¡Qué bonito es!
- Ya, lo que pasa es que mamá se va a poner histérica cuando lo vea.
- Pues lo escondemos en un armario.
- Tú eres tonta, de ahí se escapa.
- O se asfixia.
- Tampoco exageres. Pero no puede estar siempre escondido.
- ¿Le gustará a papá?
- Ese es peor. Ya verás la bronca.
- Pues a mí me da igual. Yo quiero que se quede con nosotros.
- Venga sí. Vamos a llevarlo a casa y a ver qué sucede.
- Bueno, pero yo digo que ha sido idea vuestra, que si no, como soy el mayor me castigan.

Yo sin rechistar escuchaba palabras desconocidas mientras mis pupilas pasaban de la verticalidad a la dilatación, deteniéndose en uno y otro. No se decidían y movían sus cabezas a derecha e izquierda, lo que significaba “no” y de arriba abajo, como “sí” -que lo aprendí en otra vida-. Las fuerzas me empezaban a fallar al tiempo que mis tripas sonaban como diciendo: ¡Poneros de acuerdo, de una vez!

Para matar el tiempo, opté por analizar y numerar sus voces: uno, muy suave y aterciopelada; dos, armónica entre agudos y graves; tres, agudos mantenidos soltando desentonados graves. Y en ese descifrar estaba, cuando algo cayó sobre mi cabeza y fui reducido por la fuerza e introducido en un espacio donde no me podía mover, al tiempo que unos olores desconocidos se unían a un movimiento inusual. Todo junto alborotó mi organismo hasta las ganas de vomitar lo que no tenía en el estómago, empecé a percibir las voces las lejanas aún sabiendo que estaban ahí mismo, y pensé que perdía la vida. Pero no fue así porque con el tiempo he sabido que: el trapo era un jersey impregnado de sudor que no había por dónde cogerlo, para evitar saliera corriendo; el recinto pequeño era una cartera con olor a restos de plátano jamón York y virutilla de lápiz, para trasportarme mejor; el movimiento alocado, eran pasos rápidos en unos brazos que me sujetaban más la subida en un ascensor, para llegar rápido a casa. En definitiva, pura estrategia para anunciar mi llegada.

Ahora todo me gusta: el olor a hormonas y sudor de la voz tres, el olor a cartera y merienda olvidada de la voz dos, y salir a despedir a la voz uno hasta el “sube y baja”.

Pero antes, igual que me encerraron, me liberaron y quitaron el jersey de la cabeza:

- ¡Un gato! – gritó una voz cuatro que por pocas me araña.
- ¡Anda mira, un gato! ¡Quién lo haya traído que se lo lleve! -dijo una voz cinco y se fue.

Pero nadie se movió, por lo que aproveché: “¡Tengo hambre!”, les maullé con gran esfuerzo. Las voces uno, dos y tres se rieron. Yo me di una voltereta respondiendo a su diversión mientras las tripas me crujían. Enseguida apareció la leche y un fiambre atrasado: ¡Esto es una casa y esto es vida! ¡Mi tercera vida! – dije con otro maullido.

Desde que entré por la puerta sentí predilección por un sillón altísimo tipo elefante, que al parecer es de la voz cinco pero, como está poco en casa, lo uso yo porque desde allí la tele se ve estupendamente.

Dos días después de mi llegada me llevaron a un lugar con olor a nada bueno. Había muchas voces y mucha competencia: perros, pájaros, tortugas, serpientes, gatos; inmediatamente pensé en el abandono y en tener que empezar otra nueva vida, pero no. Al parecer lo que tratan en ese maloliente lugar es de alargar la vida actual. Allí me hicieron de todo: pesar, medir, ver mis dientes, mi lengua, mi cola, mis uñas, mi pelo, mis ojos. Caricia va y caricia viene, hasta que: ¡ZAS!, un pinchado inesperado. Es evidente que me revolví a morder al mal nacido que me pilló desprevenido. Luego una golosina y como si nada. Ya estaba vacunado, pero al preguntar por mi nombre la voz tres dijo que aún no tenía. Era cierto: en la primera vida siempre fui el “gatito”, en la segunda el “callejero”, en ésta todavía era el “gato”, y les mostré su falta de consideración sacando un poco las uñas, por lo que de inmediato se pusieron a reflexionar: Churri, Nesqui, Parri, Pirri, Crispi, Robi, Trufi, Prici, Mici... Yo quieto. Mejor dicho, indignado, porque prefería ser el “gato” a secas, que atender a cualquier cursilería acabada en “i”, hasta que no se cómo, me pareció oír PLATÓN y me sobresalté, lo que dio pie a que se decidieran.

II

Desde entonces empezó a aparecer mi nombre, PLATÓN, escrito en todo lo concerniente a mí: la escudilla de la comida, la del agua, el barreño de mis deposiciones y orines, mi cesta, mi cascabel, mi rascador, el bote de mi comida... Y así paseando por las estanterías de los libros, que otra cosa no habrá en la casa, pero libros hay una barbaridad, hallé uno con una P como la mía. Recorrí mis objetos personales y la P era exacta. Luego la L. Luego la A. La T. La O. Y por último la N. ¡Había un libro con mi nombre! Entonces pensé que si todo lo mío estaba en mi territorio, ¿qué hacía mi libro tan apartado de mí? Con grandísimo esfuerzo conseguí extraerlo y depositarlo donde a mi juicio debía estar. Se dieron cuenta enseguida porque los libros colindantes se torcieron y la armonía quedó rota.

- ¿Quién ha cogido un libro? -preguntó la voz cinco.
- Nadie cariño -contestó la voz cuatro.
- ¿Vosotros?
- Tampoco – contestaron las voces uno, dos y tres, mientras la voz cinco se afanaba por restablecer la armonía de desaguisado. Yo me fui a mantener lo mío junto y ordenado.

La voz cinco lee mucho y en voz alta, algo que me fastidiaba porque lo hace sentado en mi sillón, pero también me agradaba porque su monótona voz me hace dormir; o, en el mejor de los casos me entero de cosillas: que las vacas se han vuelto locas, de que los bancos son unos tiburones, que los cobardes son unos gallinas, que algunos muestran dientes de caballo, que otros son como burros, que algunas se ponen como focas, que los chicos devoran como leones o que los políticos son hipócritas como hienas. Es gran entendido en fauna. Sin embargo, me hace pocas caricias. Sólo las de saludo, pese a tumbarme panza arriba frente a él por ver si me rasca la tripa.

También le olfateo los zapatos, cuando se los quita, a punto de perder la consciencia. Y me enrosco a su lado cuando lee, en señal de amistad, pero como si nada. Aunque le agradezco que al final cediera para poder quedarme.

- ¡Papá, he encontrado tu libro en la cesta de Platón! –dijo la voz tres que enseguida supe que era la más lista y cariñosa de la casa.

Y aquel fue mi primer acercamiento formal a la voz cinco porque me acarició hasta hartarme y me llamó de todo, supongo que bueno, porque los demás no paraban de reír, y añadió: ¡Voy a leer un rato! Esta es la mía, pensé, al fin sabré que dice mi libro. Él se acomodó en nuestro sillón, yo a su lado y comenzó: “*El famoso filósofo griego...*” Al escuchar la palabra *filósofo* mi tranquilidad se turbó y comencé a bufar, correr, maullar y saltar. Reconozco que adopté la misma postura que la voz cuatro: estridente, chillona e histérica el día que llegué, pero es que en vez de *filósofo* entendí *filibustero* y creí enloquecer. *Filibustero* era el nombre de un pastor alemán que conocí en la primera vida y que me tenía frito. Si en algo agradecí morirme fue por librarme de él. Era consciente de que allí no había otro ser de cuatro patas más que yo, a excepción de un ratoncillo enjaulado al que observaba, de cuando en cuando, lo mismo que él a mí.

Después de este mi breve arrebató volví a centrarme en la lectura: “...*Bla, bla, bla...*” Leía la voz cinco sin parar. Me llegó el primer bostezo y tuve que hacer un verdadero esfuerzo para no caer rendido. “...*Bla, bla, bla...*”. Llegó el segundo bostezo. Aquello me superaba; Platón era Platón y yo un simple gato que tenía que ir a beber agua para no dormirse. “...*Bla, bla, bla... espíritu, mundo, hombre, filosofía, ideas, alma, vida, individuo, sociedad, ...*” El sueño al final me venció. Cuando desperté, todos habían desaparecido, estaba solo en casa, el sillón libre y de un salto, allí me acomodé a pasar la tarde.

Llamarme Platón y saber que otro, “*Bla, bla, bla...*”, con el mismo nombre era muy listo, me hizo considerar que yo no quería ser menos y me propuse de inmediato conocer más de las sociedad que me rodeaba. Es decir, las cinco voces y sus circunstancias. Así que observé, asocié y aprendí que la voz uno, suave y aterciopelada, era de Anita; la dos era de Luis; y la tres de Carlos. Las voces cuatro y cinco me constaron un poco más pero Anita me ayudó a descubrirlo pues, como la seguía a todas partes, un día llegó del colegio con algo y dijo:

- Mira mamá – dirigiéndose a la voz cuatro.
- ¡Qué bonito! –contestó y añadió: Enséñaselo a papá.
- Mira papá lo que he hecho en el cole – y fue hacia el sillón donde estaba sentada la voz cinco.

¡Miau, miau, miau! –dije yo dando una voltereta, porque acababa de descubrir que ellos eran mamá y papá.

Anita es la que más cerca está del suelo. Tiene el pelo largo y se lo acaricio cuando puedo; ella se ríe y me deja porque cree que juego, pero ignora que me chifla su color amarillo. También me gustan sus caricias y podría dejarme, horas y horas, acariciar por ella, pero como soy un tanto independiente y tengo que demostrarlo me voy dejándola con las ganas. Aunque me molesta que diga: ¡Qué mono! Si somos distintos, que un día en la tele vi un mono y no me gustó nada.

Anita siempre está alegre, y eso a mí me alegra; pero cuando Luis o Carlos la hacen llorar, me apeno muchísimo. Un día quise lamerle una lágrima pero estaba tan salada que lo dejé.

Anita lleva una ropa muy graciosa: falditas cortas, jerseys de rayas, leotardos de colores, lazos en la cabeza, abrigo, trenca y más cosas que no sé como se llaman, estas sí porque la oigo

preguntar: ¿Qué jersey me pongo, mamá? ¿Qué tal me queda el lazo azul? ¿Dónde están mis leotardos? ¿Está planchada mi falda? ¿Uso el abrigo o la trenca? Es fantástico el mundo de Anita.

Su cama es bastante amplia para un cuerpo tan menudo y me acomodo en ella cuando mamá no me ve, pues lo tengo prohibido. Y cuando la cama está hecha, la cubren de seres muertos -muñecos descubrí que se llamaban-, tan parecidos a mí que cuando me camufló no me encuentran. Eso a ella la encanta. Me dice: ¡Ven Platón!, y entonces me sube a su cama y me rodea de “peluches”, como los llama ella, y allí puedo estar toda la tarde, al calor de sus cuerpos viendo como hace los deberes. También eso tuve que aprender qué eran.

Anita se pone cada tarde a escribir, pintar o leer en voz bajita, al contrario que papá; en definitiva a estudiar. Claro, esto lo supe después de una ardua investigación, porque ella cogía algo en la mano, ponía no sé qué sobre la mesa y hacía como si golpeará con suavidad lo uno contra lo otro. Entonces yo, dí un salto sobre la mesa y empecé a tocar curioso lo uno y lo otro hasta que dijo:

- ¡Deja el lápiz tranquilo, Platón, que me vas a arrugar el papel!

Bien dos palabras nuevas—que algunas palabras ya las sabía de otra vida- lápiz y papel , pero aún no sabía cuál era cada una. Volví a insistir.

- ¿Te gusta mi lápiz, Platón? Pues toma, juega un poquito. Mira, tengo muchos y todos los colores.

Por fin me enteré a la perfección de lo que era un lápiz, un lápiz de color o que cuando hay muchos se dice lapiceros o colores; y así también, por deducción o asociación de ideas, papel era lo que estaba sobre la mesa.

Otras veces Anita decía: ¡Platón, déjame hacer los deberes! Lo que me puso en la pista de saber que cuando me instalaba entre sus peluches, cogía lápiz y papel y no quería jugar conmigo es porque hacía los deberes. Pero los deberes eran mucho más, porque de distinta manera que papá, que leía a voces y luego cerraba el libro, se quitaba las gafas y bostezaba con un ligero estiramiento de cuerpo como hago yo, Anita repetía la misma cosa mil veces hasta grabarla en su cabeza y yo en la mía: *“Cinco por seis, treinta; cinco por siete, treinta y cinco; cinco por ocho, cuarenta...”*. *“Las partes de la flor son: cáliz, corola, estambres y pistilo”*. Tanto he escuchado sus lecciones que cuando ella se queda sin saber qué responder sufro queriéndola ayudar y si maúllo me dice: ¡Calla Platón, que me desconcentro!

Así es Anita. La adoro. Y la adoro más a la hora de comer porque aunque mamá no permite que en esos momentos forme parte de la sociedad, ella clava sus ojos en los míos y el entendimiento es rápido. Sigilosamente me acurruco entre sus pies y a esperar. Siempre cae algo de mi agrado, pero cuando no lo es, allí se queda tirado y mamá, como bien me cuido de que no descubre mi presencia, piensa que la niña no sabe comer, que se le cae todo al suelo y la regaña mientras yo no puedo hacer nada por evitarlo. Pues lo que Anita no comprende todavía es que como gato, soy exquisito y no me trago cualquier cosa. Entonces recuerdo a *Filibustero* que devoraba todo.

Con Luis el suelo está un poco más alejado. Juega conmigo pero menos que Anita. Su pelo es corto y tan negro como el lápiz de Anita. No tiene demasiada carne y es verdad que me recuerda al lápiz de su hermana. Descubrí que eran hermanos, porque mamá siempre dice: ¡Luis, no pegues a tu hermana! ¡Luis acompaña a tu hermana! ¡Luis dale esto a tu hermana! Y entonces Luis se dirige a Anita.

No sé por qué pero lo que más me gusta de Luis son sus pies. Siempre está descalzo y yo me paso el día olisqueándolos. A él le hace mucha gracia y me deja. También tiene la manía de dar patadas a todo y yo corro detrás de lo pateado. Entonces vuelvo a recordar a *Filibustero*, que le tiraban cualquier cosa y lo devolvía, pero yo solo juego.

Los calcetines de Luis son muy divertidos, de muchos colores y siempre me los encuentro por los rincones arrugados como pelotas, lo que me permite esconderlos bajo los muebles. Así cuando les echa en falta y le oigo decir mi nombre a gritos, yo como si nada, les doy una patadita y los calcetines aparecen como por encanto; eso sí, llenos de pelusas. Pero de entre la multitud de calcetines que Luis tiene, hay unos enormes y blancos que sólo usa con unos zapatos muy raros que tienen cosas pegadas en la parte de abajo. El día que Luis se pone esos calcetines y ese calzado, también lleva un pantalón corto y una camiseta a juego, coge su balón y cuando va a despedirse de mamá, ésta le dice un montón de cosas, pero sobre todo: ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Cuidado! También acciona mucho con las manos, le da millones de besos y luego le despide hasta el ascensor. Yo también salgo para ver cómo se va.

Mamá pasa todo el rato mirando el reloj y noto cómo se pone nerviosa porque el tono de su voz va subiendo. Yo espero a que vuelva Luis, pero como tarda me aburro y me duermo. Me despierto cuando suena el timbre y mamá sale a recibirle. Vuelve a darle muchos besos aunque llegue sucio, despeinado y siempre con alguna herida. Entonces olisqueo un poco pero me voy porque me da asco.

Luis también es muy majito y el más independiente -parece un gato- pero me tenía loco: ¿Por qué salía así vestido y luego volvía tan mal? Hasta que un día vi en la tele unos "humanillos", vestidos con ropa igual que la de Luis, corriendo tras una pelota. Quedé asombrado y para asegurarme bien, acerqué mucho el hocico a la pantalla, justo cuando uno de esos "humanillos" se hacía una herida en la pierna. Entonces fui hasta donde estaba Luis, tirado en el sillón más largo de la casa, y cuando quise comprobar que su herida era como la de la tele, Luis saltó y gritó: ¡GOL! Así descubrí que Luis era jugador de gol. Otros lo llaman fútbol.

También me encanta la cartera de Luis -claro, porque en ella llegué a casa- siempre llena de libros y con olor a restos de comida porque nunca se come la merienda que mamá le pone y la deja allí abandonada durante días, lo que deja impregnado un aroma que llega desde el portal hasta mis narices. Pero no sólo Luis huele a calcetines, sangre o comida atrasada. Cuando se asea se perfuma demasiado y deja un rastro tan estupendo que, a veces, me hace estornudar, porque debo ser sensible a los buenos olores.

Carlos es el mayor y, a su manera, domina a Anita y a Luis, que ni rechistan cuando él dice algo o habla de temas que conoce bien. Con Carlos el suelo está bastante lejos; más, cuando extiende los brazos y me aúpa que casi toco el techo. Luego empieza a dar vueltas y yo giro en el aire hasta la extenuación mientras mis pupilas se encogen y dilatan. Su mano es tan grande que de un empujón te puede tumbar o de un abrazo espachurar. A veces Anita y Luis le temen, sobre todo cuando grita como un energúmeno.

En un paseo por la librería de la habitación de Carlos descubrí que tenía libros con toda clase de animales, algunos de gatos como yo. Se pasa el día mirando los libros y luego experimentado conmigo porque quiere ser veterinario como el que me puso la inyección, por eso cuando dice, mientras me agarra por cogote: ¡Ven aquí pequeñín!, temo que se atreva a lo mismo. Aunque digo yo que si tanto sabe de animales ¿por qué me confunde con un conejo de indias?

Yo al principio pensé que sería bueno que alguien de la casa entendiera de seres con cuatro patas, pero lo de Carlos supera mi paciencia, sobre todo cuando me viste con los trajes de los muñecos de Anita, o me encierra en el cubo de la ropa sucia, o quiere que coma unas hierbas que huelen a estiércol, o me ata como un perro, y lo último y más cruel fue que, al poco de llegar, me puso frente al hamster para observar mi reacción. Fue un combate cuerpo a cuerpo en donde nos tuvieron que separar, de lo contrario, yo sería el único miembro del reino animal en esta sociedad.

Carlos no es malo, pero aunque es el más grande, también es el más juguetón. A mamá la hace enfadar mucho porque a veces gasta bromas pesadas. Se hace el olvidadizo cuando tiene que limpiar mis excrementos. Le cuesta muchísimo levantarse por las mañanas. No se pone jersey cuando hace frío o se pone una manta cuando hace calor. Carlos va siempre en contra de la sociedad, al menos eso le dice mamá y él se enfada. Protesta un poco pero luego se le olvida. Lo cierto es que de no haber sido por Carlos no estaría aquí, con un nombre propio, un cobijo, un sillón, y una familia.

Con Carlos tuve que adivinar la palabra “adolescencia”, porque cuando mamá habla con alguien sobre Carlos dice que tiene una adolescencia imposible. También dice que espera que Luis llegue a la adolescencia con más juicio que Carlos, y también que tiene ganas de que a Carlos se le pase la adolescencia. Yo al principio pensé que sería una enfermedad, y la asocié a la *ascaridiosis* gatuna, por lo de la hinchazón abdominal, y es que Carlos tiene más carne que Luis, pero luego lo descarté porque eso sólo le ocurre a los cachorros y estaba claro que Carlos, en humano, era más que cachorro. Luego pensé en la *coccidiosis*, pero me resultaba casi imposible pues, como ya he dicho Carlos evita limpiar mis heces y esa enfermedad sólo se transmite por contacto con heces infectadas. *Panleucopeni*, tampoco, pues Carlos no presentaba ningún síntoma de desfallecimiento. *Teniosis*, podía ser, por la aerofagia. Pero más bien, debía ser algo de *dermatitis* pues Carlos tenía granos hasta en la punta de la nariz. Que duda la mía. De entre las enfermedades que había aprendido gracias a él y que se cuidaba mucho de que yo no las padeciera, no encontraba ninguna similar a la adolescencia que mamá tanto temía para Luis, y supongo que para Anita.

Fue un gran trabajo descubrirlo. Me pasaba todo el día detrás de Carlos y a la vez huyendo, pero él pensaba que quería jugar y se ponía a perseguirme. Entonces yo corría hacia la habitación de Luis en busca de refugio entre sus calcetines; luego llegaba él y a mí me lanzaba por los aires y a Luis le recriminaba el desorden. Otras veces huía hacia la habitación de Anita y me camuflaba entre los peluches; luego llegaba él y se dejaba caer sobre todos los seres muertos sin reparar que entre ellos había uno vivo: yo, que volvía a salir desfavorido maullando mientras Anita lloraba por mí y por sus muñecos; y si no lograba escapar, pensaba que pasaría a otra vida. Sin embargo, ante papá, habla casi como él, de muchas cosas, pues le hace sabio su sentido de la observación. Como yo, que a base de observar y oler su ropa sucia descubrí: que mientras la piel de Luis era tersa y todavía suave, la de Carlos era más áspera y con algunos pelos por los brazos, piernas y cara, pero sin llegar a tantos como papá; que en altura, Carlos era más alto que Luis, pero no tanto como papá; que la voz era más grave y ronca que la de Luis, pero no tanto como la de papá; que él no obedecía tanto Luis, pero que quería mandar como papá; que jugaba como Luis, pero sabía casi tanto como papá. Así llegó la solución: si Carlos está a medio camino de ser como Luis y a otro medio de ser como papá, eso era la adolescencia.

De papá ya lo he dicho casi todo, al menos en cuanto a nuestra relación a la hora de compartir el sillón, de forma muy civilizada y por riguroso orden: si él no está, no hay quien me lo

quite; y si está, ni me arrimo. Sin embargo, hay otra cosa que me encanta de él: su cierto desaliño con la ropa. Cuando llega del trabajo se la quita y la deja sobre la cama. Entonces yo me subo, siempre que no me vean, y puedo adivinar como huele su oficina, el autobús y hasta los problemas. Al parecer tiene un despacho para él en donde no permite que nadie fume, y eso a mí me agrada ya que odio el tabaco: recuerdo que en la otra vida vomité porque algún gracioso me lo dio a probar por la fuerza.

A papá no le gusta el coche, a mí sí y eso nos diferencia, por eso siempre viaja en autobús, y se le queda el olor a ciudad impreso en la ropa. Es el mismo olor que recuerdo cuando anduve perdido por las calles. Así es como aprendí a distinguir un vehículo particular de un taxi, un camión de un autobús y una bicicleta de una moto. La ciudad huele a algo especial, pero cada calle tiene su olor particular. Lo mismo ocurre en las familias. Respecto a los tubos de escape, pese a quemar y expulsar todos combustible, también el tufo que dejan es distinto. Y si hablamos de ruidos, cada bullicio es diferente según las horas, los lugares, el número de individuos y el tono de las voces. Hay que ver cuánto aprendí en tres días de golfo.

Pero volviendo a la ropa de papá, lo que más huele son los problemas y las preocupaciones. Aquí me ha ayudado mucho saber distinguir los colores gracias a Anita, porque así sé que cuando papá lleva el traje azul es que ha tenido una reunión importante; cuando lleva la camisa blanca es que no está de humor; si la chaqueta es gris es que anda triste; si es la verde es que confía tener un buen día; si el pantalón es negro es que piensa presentar batalla; si es marrón va de humilde por la vida; y si usa ropa informal es que no va a la oficina y piensa quitarme el sillón. Su batín también me encanta porque cuando lo deja colgado de la percha y el cinturón casi llega al suelo, juego con él hasta hartarme; y si lo deja sobre la cama puedo pasarme las horas dormido sobre su aroma a padre de familia, porque echo de menos al padre que no conocí.

Un día de lectura, vi cómo se preparaba y me fui a acompañarle por si aprendía algo o por si dormía, según se terciara. Leyó con voz solemne: *El coloquio de los perros*. Yo quedé sorprendido, pues más me hubiese gustado el coloquio de los gatos, pero bueno. Entonces, empecé a meterme entre sus piernas en señal de amistad, invitándole a cambiar de libro o por si notaba mi presencia, y claro que la notó. Inmediatamente dijo: ¡Anita saca a Platón de aquí! Entonces me aparté rápido no fuese a sentenciar otra vez que tenía los días contados. Que esa es otra. Cuando hago algo que no entiende, o los chicos se pelean, o mis excrementos llevan dos días sin limpiar porque se saltan los turnos me acusa de algo en lo que yo no tengo nada que ver y da un plazo breve para mi desaparición de su sociedad.

Bueno, sigo. Le dejé solo por un rato, mientras me instalaba entre los peluches de Anita y él comenzó su lectura a voces, como siempre, y escuché algo así: “...*me parece que el hablar nosotros, perros, pasa de los términos de la naturaleza...*” ¡Ay si yo hablara! -maullé para mí- igual me considerabas un poco más, y así cuando Anita está con los deberes, Luis jugando al fútbol, Carlos luchando con su adolescencia o mamá liada con ese aparato que se pone al oído y parece que todo lo dice ella, podrías hablar conmigo y contarme lo que quisieras. Verías que un simple gato es algo que respira, se mueve, que te tiene caliente el sillón, que ansía llamarte papá y agotar su vida junto a ti, pero al parecer te interesan más los perros que yo, que acabo de llegar a tu lado y aún no me has visto; pues, con tu permiso, me duermo.

Otras veces papá trae la cartera llena de documentos que luego tiene que revisar en casa. Se instala en su despacho y yo procuro andar cerca, siempre por si me entero de algo. Sobre la mesa, abre carpetas, anota cosas, revisa facturas y mueve papeles. Si se le cae alguno sufro porque solo

me atrevo a olerlo, curiosarlo y ponerme sobre él o muy cerca de él, pero nunca morderlo por si no le gusta. Así, un día algo se le cayó sin darse cuenta. Yo lo vi, pero por miedo a actuar de manera inadecuada y que no entendiera mi ayuda, sino que pensara que se lo había tirado y dijera que mi estancia tocaba a su fin, me las ingenié para que pareciese una casualidad y fui en busca de Anita, me planté delante de ella, me puse tripa arriba, la dejé rascarme y cuando la tenía engatunada, me subí a la cama de un salto, tomé con los dientes su muñeco preferido y salí corriendo con él por toda la casa en dirección al despacho, Anita me perseguía, yo deposité el juguete encima del documento y:

- Toma, papá, se te ha caído esto –dijo Anita.
- Gracias hija, llevaba un rato buscándolo y no lo encontraba.
- No he sido yo, ha sido Platón.
- ¡Vaya gato listo!
- Es un sol –dijo Anita mientras me acariciaba.

Anita sí que es un sol y papá un despistado. Otro día fueron las llaves y tuve que dejar caer un bolígrafo.

Pero con papá, lo que realmente aprendí fue a madrugar. Cada amanecer, cuando aún todo conserva el silencio de la noche, suena una musiquilla, que me entra por los oídos y me hace saber que papá se va a levantar. Ahora lo llevo un poco mejor pero al principio fue horrible porque los gatos somos trasnochadores de por sí y aunque me encerraban en mi cuarto sin luz para dormir yo me dedicaba a dar vueltas, subir, bajar o jugar durante horas antes de caer rendido, que casi siempre era cuando la musiquilla sonaba. Acto seguido, escuchaba los pasos de papá por la casa, luego los grifos dejando caer enormes chorros de agua, después la máquina de afeitar y por último la caja de voces, o sea, la radio. Todos esos ruidos me ponían nervioso hasta el maullido. Aunque realmente me hubiese gustado decirle que respetara el sueño ajeno. Entones me abría la puerta y decía: ¡Un día más! Que yo, al principio interpretaba con cierto aire de ironía, como queriendo entender que tenía que soportarme un día más, lo que me humillaba. Acto seguido le llegaba el olor de mis excrementos nocturnos y profería con un tono de voz más elevado:

- Arriba, que ya es la hora.
- Pero si es demasiado temprano -protestaba Carlos.
- Sí. Media hora antes. A ver si de una vez limpias al gato y llegas pronto al colegio.
- Hoy le toca a Luis -contestaba Carlos.
- Yo le limpié ayer. Quizás sea Anita la encargada -se defendía Luis.
- Da igual, pero limpiad esta porquería antes de iros – sentenciaba mientras yo no sabía dónde meterme, avergonzado por tacharme de sucio, con la fama de limpios que tenemos los gatos.

Ahora todo ha cambiado. Ya se han hecho a mí y a la costumbre de levantarse media hora antes para limpiar mis aposentos. Por mí y por ellos. Y cuando oigo los ruidos matinales de papá maúllo con ánimo de saludo, él abre mi puerta y dice: ¡Vamos Platón a desayunar! Se sienta a la mesa con un gran tazón y yo me inclino ante mi escudilla con leche que él mismo me sirve. Me da gusto, pues aunque no me acaricie, entiendo que mira por mi persona. Los desayunos en su compañía me han hecho cambiar ciertos hábitos y cuando me cierran en el cuarto de dormir procuro conciliar el sueño rápido porque luego madrugar me cuesta un montón. Además me siento como él, que manda en el grupo humano, y yo en el reino animal de la casa: el ratón, las hormigas y las moscas.

Otras experiencias que no puedo pasar por alto son: las ventanas, el ascensor, el coche, la jaula, el teléfono, mi imagen y alguna otra cosilla más.

Las ventanas tienen doble cristal y entre ambos el espacio suficiente para que mi cuerpo se meta y pueda pasarme las horas muertas viendo quién va por la calle, entra y sale de los portales, el camión de la basura, los coches, los niños, los perros, los pájaros; si llueve no me mojo y si hace sol me duermo sin miedo a caerme.

El ascensor al principio me daba un poco de miedo porque las tripas me hacían cosas raras así porque sí, pero ya me he acostumbrado, y sé que para ir en coche primero hay que pasar por el ascensor. Me gusta viajar en coche dentro de mi jaulita mientras conduce mamá; aunque cuando también va Anito, Luis o Carlos me llevan en brazos y voy mirando por la ventanilla cerrada. Antes me mareaba ver pasar objetos y personas a gran velocidad, por eso deseaba que mamá tropezase con una luz roja que la obligara a parar, pero con el tiempo me fui acostumbrando. Las salidas obligadas en coche son a casa de los abuelos y al pueblo. Por lo tanto, dos datos más de mi nueva vida: tengo abuelos y tengo pueblo.

Empezaré por los abuelos. Me gustan tanto sus voces que solo soy capaz de decir que son “guay” como dice Anita. Me acogieron con cierta sorpresa pero me aceptaron bien. El abuelo dice que soy una buena pieza, y aunque no le entiendo me agrada. Y la abuela dice que tiene alergia a mi pelo, por eso la rozo poco, pero como está pendiente de que Carlos no me maltrate, la considero aliada. Cuando vienen a ver a sus nietos siempre traen alguna golosina y tienen el detalle de traerme una latita de carne o pescado. El abuelo también dice que le recuerdo a un gatito que tuvo él cuando pequeño, y la abuela, por distraerse, me está tejiendo una mantita para el invierno. ¡Es un gusto tener abuelos!

En el pueblo hay muchos gatos. Unos gordos y otros famélicos. Todos parecen simpáticos y vienen a visitarme, pero papá, mamá, y sobre todo la abuela, no me dejan jugar con ellos por si me transmiten alguna enfermedad. Les veo corretear por los tejados persiguiéndose unos a otros y paso un poquito de envidia. Les veo cómo se relacionan gatos con gatas y paso más envidia, pero me resigno porque todavía soy un cachorro. No sé si lo podré soportar cuando sea mayor. Tendré que maullar con todas mis fuerzas para que papá y mamá me dejen salir, como hace Carlos que da unos tostones imposibles de soportar cuando quiere ir a algún sitio y no le dejan. Pero al final va, y yo creo que es porque papá y mamá no pueden oírle más, y yo tampoco. Lo mismo que cuando pone música, que sube el volumen y a mí, al principio me gusta, luego se me empieza a erizar el pelo y por último se he enfrían las orejas con tanto ruido.

En el pueblo también me gusta subir por los árboles del jardín, pero como no tengo costumbre, me da miedo caerme y subo con mucho cuidado; además, su corteza no es tan suave como las librerías, las mesas, las camas o las sillas, y me hago daño en las almohadillas de mis patas. Pero lo que más me gustaría sería cazar ratones de campo. Sueño con comerme alguno. Según vamos llegando se me va haciendo la boca agua, y en cuanto puedo emprendo la búsqueda, pero no encuentro ninguno porque papá y el abuelo ponen cepos y raticidas, y, o no hay, o los que hay están muertos y me dan mucho asco.

Hablando de ratones. Mis relaciones con el hamster han mejorado bastante. Carlos nos suelta por la habitación y ya somos como hermanos, eso sí, cada uno con sus genes correspondientes. Nos miramos, nos perseguimos, pero ya no le doy zarpados porque si acabo con él Anita se llevaría un gran disgusto, y porque no tendría a quien mirar durante horas cuando

todos se van. A veces, le dejo que ascienda por mi cola hasta el lomo sin darle un rabotazo, pues una vez lo hice y le dejé tan atontado que creyeron había terminado con él y me castigaron. El primer día que esto sucedió –me refiero al castigo- creí que nos íbamos a la calle y me puse la mar de contento, hasta que después de mucho tiempo y viendo que no me sacaban de allí comprendí que algo raro pasaba. Me costó varios encierros hasta poder diferenciar cuando era castigo y cuando era viaje.

Castigo es cuando tiro algo, me balanceo en las cortinas, rompo la bolsa de la basura, me como las flores del florero, escondo las zapatillas, me subo a la tele, arrastro las alfombras pequeñas, estiro del papel higiénico y lo saco hasta el pasillo, tiro las toallas al suelo, quito los cojines de la cama de papá y mamá, escondo los calcetines, quito los peluches de Anita para llevarlos a mi cesta, toquiteo el ordenador, ..., entonces me agarran sin más y me dicen con un tono más fuerte de lo habitual: ¿Qué has hecho Platón? Y yo sin responder corro por toda la casa para hacerles rabiarse un poquito más -y algo se cae, o lo tiro- antes de que me castiguen y digan: ¡Para adentro!

A veces me sacan pronto, pero otras, ni se acuerdan que estoy allí y tengo que maullar pidiendo perdón, prometiendo no hacerlo más. Lo peor es que se me olvida y vuelvo a las trastadas.

El teléfono también me tenía confuso porque hay cinco en la casa y cada uno tiene un sonido diferente. El teléfono uno está cerca de mi sillón y me asusta cuando estoy dormido y hace que el corazón me lata a gran velocidad, se me erice el pelo y las orejas se estiren. Cuando suena el uno también suena el dos por cualquier parte de la casa, pero con un sonido diferente, y nunca lo encuentran; entonces yo corro de uno a otro a ver cual cogen y quien habla para ponerme a su lado y enterarme de algo. El tres está por los bolsillos de Carlos y cuando suena tiene una música que parece la radio, y yo no sé qué hacer, porque suena y suena sin parar y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para que Carlos lo sepa: corro, salto, maúllo y cuando al fin contesta, lo hace a solas y no me deja estar, retirándose de su lado con una patadita. El cuatro es el de mamá y cuando suena ya puedo hacer lo que sea que ésta no se entera de nada porque teléfono está en el bolso, el bolso en el armario, el armario en la habitación y la puerta de la habitación cerrada. Y el quinto es el de papá, el único que no me vuelven loco; bueno un poco, porque no suena pero cuando habla se pasea por la casa me gustaría perseguirle pero por si se enfada me reprimo y me entran nervios.

Mamá cambia de ánimo con cierta facilidad. Es decir, puede estar enfadada y al momento se ríe. O estar alegre y al instante enfadada. A veces no sé como va a reaccionar ante una trastada o ante un halago; cierto es que así se comporta con todos. Ella dice que no tiene mal genio, sino que se lo ponen las circunstancias.

Con mamá paso más tiempo que con el resto de la familia. Se levanta un poquito después que papá y cuando todos se marchan nos quedamos solos. Hay días que se pone con el ordenador -eso que tiene una televisión donde sólo aparecen letras cuando ella da a unos botoncitos, que lo aprendí a base de regañinas, porque cuando se levanta de la silla y va a otro lugar yo me pongo en su sitio y toquiteo todo con curiosidad gatuna, y entonces ella me dice: ¡Platón, quítate del ordenador!- y puede estar horas y horas. Yo me duermo y me despierto. Vuelvo a dormir y despertar. Y ella está allí, sin enterarse de lo que ocurre a su alrededor, pero si hago el más ligero ruido, se pone a gritar como una loca. Y como sé qué va a ocurrir, doy dos carreritas por la casa para estirar las piernas y directamente me meto en la jaula y espero a que eche el cierre.

También es la que limpia y ordena todo; cuando pasa el cepillo al suelo yo me subo en él y ella me pasea, muerta de risa, por la casa. Después jugamos al escondite: yo me escondo y ella me busca, o se esconde y la busco. Me gusta ir detrás de ella, estar con ella; más, desde el día en que, por fin, me acarició.

Sucedió que había hablado por teléfono y debió quedarse muy triste porque se sentó en mi sillón y se puso a llorar, hubiera querido lamerle las lágrimas pero acordándome de las de Anita me dio asco. Además, no sabía como iba a reaccionar. Estuvo llorando y luego se quedó dormida, pero yo pensé que se había muerto y me dio muchísima pena. La miré un buen rato y por fin me decidí a acercarme y darle con la pata, luego con el hocico. Así varias veces hasta que abrió los ojos y dijo: ¡Hola Platón! Entonces, me tomó en sus brazos, supongo que como a un niño y me meció. Desde aquel día la considero mi madre y cuando se pone al ordenador la dejo porque sé que no quiere ser molestada.

Mamá es la que más chilla y se enfada con todos, porque dice que no hacen nada a derechas. También castiga a todos, incluso a papá y dice que está harta. Sin embargo, también es la persona a la que todos acuden cuando tienen problemas, incluso yo. Si Anita está mala, puede estar toda la noche levantada cuidando de la niña. Si Luis viene con una herida y sucio después de jugar con el balón, ella le cura, limpia y le mima con la comida porque dice que es el que peor come y por eso es tan flaco. Si Carlos no entiende alguna lección o la adolescencia le molesta mucho ella se pone con él a estudiar y a tranquilizarle. Si papá viene con ganas de contar problemas ella le escucha y se pasan toda la tarde hablando. Y si yo no tengo comida en la escudilla porque se han olvidado de mí, la maúllo y me da un poquito de la comida familiar para no hacerme de menos. También me premia, cuando hago algo bien, con malta que es un complemento alimenticio delicioso para gatos, normaliza la digestión y nos previene de la formación de bolas de pelo para tener bien el tracto digestivo. Y es que mamá está en todo. Sin embargo cuando ella está alterada, nerviosa o tiene que trabajar, todos se acuestan y la dejan sola, entonces yo quisiera estar con ella, pero no me dejan levantarme.

Mamá también lee mucho pero lo hace en voz bajita y no la oigo, sin embargo adopta una postura tan cómoda para ella como para mí. Se coloca en el sillón largo y pone las piernas de tal modo que el día que me permitió subir a su regazo y quedarme allí dormido fui el gato más feliz del mundo. Me he enterado que se dedica a crear historias. ¡Cómo me gustaría que hiciera una sobre mí! Ese es mi segundo anhelo, porque el primero ya se ha cumplido.

Sí tenía un anhelo: ver mi imagen sobre un papel, que no es lo mismo que verla en la pared. Me explicaré con más precisión.

Nada más llegar a casa encontré un gato igual que yo, fui a saludarle y ¡ZAS!, me di de narices con él y los dos caímos hacia atrás. Después fui a olerle y él hizo lo mismo pero no olía a nada, luego abrí la boca y él también, le saqué la lengua y él me devolvió el gesto, pero como no era momento de más averiguaciones y lo que más me importaba eran mis propias circunstancias le dejé viendo como se alejaba al tiempo que yo hacía lo mismo. Pero cuando me instalé definitivamente fui en su busca y noté, cosa curiosa, que me encontraba con él siempre en el mismo sitio y que hacía todo igual que yo, hasta el punto de tomarle cierta manía. El dichoso gato, que además era del mismo color que yo y tan parecido a mí que podría ser yo, me traía loco.

Un día me escondí y quise darle un susto, pero como no pasaba fui a buscarlo y el susto me lo dio él a mí. Me miraba desafiante y en posición de ataque, yo hice lo mismo y cuando al fin me lancé sobre él, volvimos los dos a caer de espaldas. Otro día, ya decidido a liarme a arañazos y mordiscos con él, tras mucho meditar las opciones que me proporcionaba aquella pelea: ganar y quedarme en casa o perder y acabar golfeando, en el mejor de los casos, y en el peor, ser depositado en el camión que tritura los restos del día anterior, me dirigí a la pared en donde siempre estaba impertinente “el otro”. Pero cuando llegué me encontré un montón de ropa colgada en perchas. No entendía nada. Era una oquedad oscura pero caliente, con prendas que llegaban hasta el suelo y sin pensarlo dos veces me metí a buscarle. En eso estaba cuando alguien accionó la puerta y me dejó encerrado; está claro que pensé en mi enemigo y en todo lo que sería capaz de hacerle en cuanto saliera de allí. Pero las horas pasaban y nadie me echaba en falta. ¡Claro como tienen “al otro”!, pensé. Así que no me quedó más remedio que maullar con todas mis fuerzas, hasta que al fin abrieron la puerta.

Anita. Mi dulce Anita fue quien me liberó del cautiverio: ¿Qué haces en el armario, Platón?

Así descubrí que aquella oquedad era un armario acogedor y caliente, que sus puertas eran de espejo, que no existía “el otro” y que era mi imagen la que veía. Nadie sabe el alivio que sentí. Ahora, en cuanto el armario está abierto, allí que me meto. Si lo cierran, allí que me quedo. Y si me disfrazan o me peinan o me perfuman, me voy al espejo a ver qué tal estoy.

Lo del perfume es otra. Hay perfumes para gatos pero Carlos se empeña en ponerme del suyo y a veces me pone tanto que acabo mareado. También cuando aspira mi territorio con un aparato que hace mucho ruido pretende pasármelo por el lomo para ver mi reacción a lo que, por supuesto, no le doy la oportunidad porque corro por toda la casa y me refugio en las piernas de mamá.

La lavadora es algo que también me trajo de cabeza un tiempo. Mamá llevaba el cesto de la ropa sucia, donde Carlos me metía y me sigue metiendo cuando le viene en gana, frente a un aparato grande y blanco, parecido a otro donde sólo se meten los platos, vasos y cacharros de la comida. Mamá abría una puertecita redonda y metía la ropa. Yo quería ir detrás, pero ella, sin darme ninguna explicación, no me dejaba. Luego la cerraba, tocaba unos botones y la ropa empezaba a dar vueltas. Me mareaba verla, aunque sentía una gran envidia pensando que ella jugaba y yo me quedaba fuera. Pero llegó el día. Me metí en la lavadora antes de que mamá se diera cuenta. Luego ella empezó a meter ropa y más ropa, y yo allí, aprisionado, entre el frío metal y el tufo. Tal era mi angustia que no podía moverme ni maullar. Mamá cerró la puerta, pero algo debió suceder o intuir, que abrió la lavadora, sacó la ropa y dijo: ¡Platón, sal de ahí! Fui corriendo a beber agua para paliar el susto y luego, humilde, me dirigí a la odiosa jaula.

Ahora es distinto. Cuando mamá lleva la ropa a la lavadora, la acompaño dando saltitos a su alrededor mostrando mi contento, y cuando la ropa está dando vueltas como loca, siento el alivio de estar fuera, pero me quedo un buen rato observándola, sobre todo cuando es de color, pues parece el calidoscopio de Anita pero más grande.

Volviendo al anhelo de verme sobre el papel como esos gatos que tiene Carlos en sus libros y revistas. Si me comparo con ellos, cuando me miro al espejo veo que no soy grande ni pequeño, sino proporcionado. Mi pelo es suave y brillante, como el de Anita, gracias a la buena alimentación y cepillado periódico. Mis dientes están sanos y mi aliento no tira para atrás, como el de Carlos cuando se hincha a guarrerías, o el de papá si toma vino en las comidas, o el de Luis a estómago vacío. Y quedo de lo más coqueto con mi medallita al cuello, como mamá. Me lamo todo lo que

puedo para estar siempre presentable y limpio; y con cualquier cosita que me pongan luzco bien: un lacito, una pajarita, un sombrerito, un faldón, una mantita, unos pantaloncitos, una chaquetita, y lo digo todo de forma diminutiva, porque si comparo todo esto con la ropa de papá, Carlos o el mismo Luis, hay una gran diferencia. Y por gestos y poses no será, que me paso mi buen tiempo, sobre todo cuando estoy sólo, delante del espejo buscando mi mejor perfil, mi más aguda mirada y mi más seductora elegancia. Pero yo no tenía ni idea de cómo se hacía para salir en la foto, que al parecer así se llama cuando tu imagen está en el papel. Lo descubrí un día de cumpleaños, no se bien de quién.

Estábamos todos: papá, mamá, Anita, Luis, Carlos, los abuelos, el hámster, yo... y ¡FLAHS! ocurrió. Me quedé ciego y salí corriendo tropezando por todos los lados. Veía moscas rojas volando y ni siquiera tenía fuerza para dar zarpados. Me metí en la odiosa jaula y esperé a morir ciego y tranquilo, hasta que apareció Anita y me dijo: ¡Mira Platón que guapo has salido! Como pude abrí los ojos y advertí que lo peor ya había pasado. Mis pupilas volvían a la posición de verticalidad y dilatación normal y mi visión era tan perfecta y aguda como antes. Posé mi mirada en el papel que Anita me tendía y allí estábamos todos: papá, mamá, Anita, Luis, Carlos, los abuelos, el hamster y yo, en una fotografía para la inmortalidad.

Recordé inmediatamente a Platón, a su teoría de las ideas y de la sociedad, y por asociación de ideas pensé: “Aunque me vaya o me echen ya nadie podrá separarme de esta sociedad, de mi familia”.

A continuación siguió toda una sesión fotográfica en exclusiva para mí, con distintas posturas, distintos atuendos, con cada uno de los miembros de la familia. Pero en precaución a quedar deslumbrado por el ¡FLAHS!, torcía la mirada sin dar ocasión a que las moscas rojas me atormentaran de nuevo.